



GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

GEDEON

SEMANARIO SATÍRICO

Se publica los jueves

DIEZ CÉNTIMOS el número

Administración: Costanilla de los Ángeles, 1

TELÉFONO 1.125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6 "
Provincias y Portugal, trimestre.	2 "
Año.	8 "
Número atrasado.	0,25 "
25 ejemplares.	1'50 "

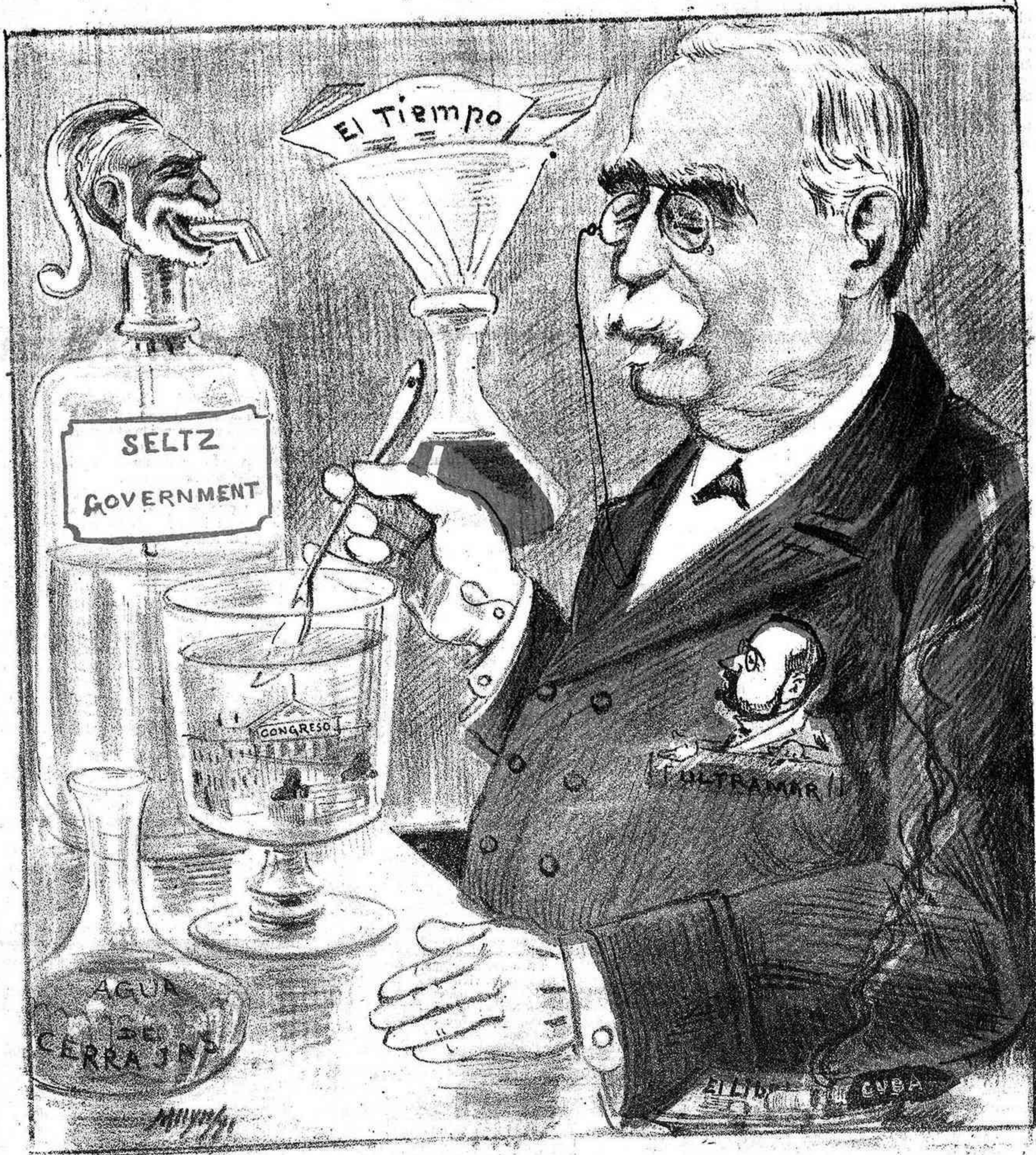


AÑO II.

Madrid 30 de Enero de 1896.

NÚM. 12.

Y LO DE LAS CORTES... ¿QUÉ?



—Por más vueltas que le doy no consigo *disolverlas*.



—Y tú, amigo Pifartos, ¿crees que lo tiene?
—Yo no puede asegurártelo, pero ayer mañana, paseando cerca de la Huerta oí una voz muy alegre que decía: ¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!
—¿Sería un pájaro? ¿sería un Nido?
—No, porque ese es todo de Martínez Campos. Es el único Nido que le queda al general de la Vuelta Abajo, Pájaro tampoco debía de ser, porque desde que los silvelistas rifaron con Cánovas, huyeron todos los pájaros de la Huerta. Antes había algún mirlo que otro, pero ya no silba por allí ningún Silvela.
—Entonces no podía referirse el alegre ¡ya lo tengo! que tú oíste más que al decreto de disolución.
—Eso supongo yo, porque á la ténia no sería.
—Naturalmente. El Presidente del Consejo no versifica ahora, y además, hubiera dicho ¡ya lo tengo!
—Lo mismo discurri yo. Podía haber sido la solitaria si el Sr. Cánovas se dedicase como en otros tiempos, á echar endecasílabos por la boca, pero desde que dejó de ser sobrino poético de su tío el solitario, no ha vuelto D. Antonio á sentir la musa de su familia dentro. De suerte, que pese á los fusionistas y á las casas de préstamos donde empeñaron sus ropas, á mí me parece indudable que el señor Cánovas tiene el decreto de disolución en el bolsillo.
—Por eso, sin duda, puso el vizconde de Irueste una pareja de orden público en la escalera de la Presidencia, para que ningún fusionista travieso se lo escamotee. Ese decreto es toda una fortuna. Casi vale tanto como ser concejal.
—De modo que tú crees que si las Cortes se abrieran...
—Abrirían otra vez la boca los fusionistas.
—Para derrochar elocuencia.
—Para devorar credenciales.
—¿Y si efectivamente el Sr. Cánovas saca el decreto de disolución del bolsillo?
—Pues entonces, Pablo Cruz y raya. Los sagastinos tendrán que contentarse con Becerra á diario.
—Con champignons ó con pimientos?
—Con guantes.
—Pues mira, Gedeón, yo vería con mucho gusto un cambio de Gobierno.
—¿Y por qué?
—Porque sé que mi amigo Navarro Reverter quiere irse y le parece mal hacer ese desaire á sus compañeros. Así, marchándose todos, la cosa variaba de aspecto, y si luego los fusionistas le querían dejar en Hacienda, no era él quien se había quedado, sino sus compañeros los que se habían ido.
—Esas delicadezas de Navarro Reverter me encantan, amigo Pifartos. Parece mentira que un hombre que pega tantos sablazos á la cartera del Banco, tenga tan poco apego á la suya.
—Así deben de ser los políticos y los hacendistas; desinterés y vengan préstamos.
—Eso es, nada de cariño al banco azul.
—Es verdad, Pifartos; todo por el Banco de España.
—En cambio, el tornadizo duque de Tetuán les jugó á sus colegas la partida de marcharse del Ministerio por un motivo fútil de gratitud hacia Martínez Campos, y según dicen los periódicos, allí donde el general desembarque, saldrá el duque á recibirle.
—Tiernísima escena, Pifartos. Ya me parece estarles viendo abrazados y que el general siempre humorista le pregunta al duque: «Tetuán, ¿y nuestras monas?» y que el duque le contesta: «general, divertidísimas con el mico que acaba de darnos Navarro Reverter.»
—Muy bien puede suceder eso que tú dices, Gedeón. Pero volvamos al decreto, que es lo que más me preocupa en estos instantes. ¿Es verdad que por fin debuta Medrano? Quiero decir, ¿es verdad que Cánovas tiene ya el papelito consabido? ¿Qué piensas tú? ¿Qué imagina, Calínez? ¿Qué reflexiona Silvela?

—Pues, Silvela, esta entre si la desnuda ó no la desnuda.
—¿Qué dices, Gedeón?
—La verdad digo, Pifartos; si desnuda ó no la Florentina.
—¡Ah! Me habías asustado. ¿De suerte, que también es enemigo de la disolución del Parlamento?
—Como que si lo disuelven, la desnuda del todo.
—Y hará perfectamente, Gedeón, porque él también se quedará desnudo. Figúrate si dirigiendo Cánovas las nuevas elecciones, había de venir un sólo silvelista al Parlamento. Nuestro amigo D. Paco y su amiga Florentina, se quedarían desnudos ambos como Adán y Eva.
—Bosch, se encargaría con gusto del papel de serpiente.
—Fabié, haría de árbol del Paraíso con corteza del Doctor Cortezo.
—La fruta prohibida, sería una remolacha del Romeral.
—¿Y el ángel vengador, Pifartos?
—Ya lo tengo: ¡Gálvez-Holguín! Estaría muy propio con las alas que le han dado los conservadores.
—Mucho será, amigo Pifartos, que ese cuadro bíblico que hemos bosquejado á medias, no se realice por completo. ¿Quién te parece á ti que entiende en los procesos intentados contra Bosch, por el marques de Cabriñana? Un señor que se apellida López de Sá.
—¿Y qué?
—Que naturalmente tiene que quedarse en la mitad del camino. Por más que el hombre quiera saber lo que haya de cierto en las escandalosas denuncias, no puede salir de sa.
—Pues mira, Gedeón, eso sin ser otros López, ya lo sa—bíamos todos. Pero si además, el actual Gobierno disuelve las Cortes, yo no sé qué va á pasar aquí. Los fusionistas hambrientos, los concejales triunfantes, las florentinas desnudas y lo de Cuba revuelto, ¡qué cuadro, amigo Gedeón! Y la murga de la minoría republicana tocando, ora en casa de Pi, ora en casa de Azcárate, ora en un salón del Congreso! ¡Y á eso le llaman concierto los republicanos!
—Y tienen razón, porque todo es música.
—En fin, Gedeón, siempre que va á ocurrir grandes catástrofes, se repiten los presagios que las anuncian. Hechos extraordinarios, fenómenos increíbles... Pues bien, ya empiezan.
—¿Empiezan los hechos extraordinarios?
—Sí. Acabo de leer en un periódico, que con motivo de las obras que se efectúan en la casa de la Villa, se han encontrado debajo de la escalera unas monedas de cobre. Y yo te pregunto, ¿no es verdaderamente extraordinario que estuviesen allí esas monedas, habiendo subido y bajado tantas veces los concejales?
—Tienes razón, Pifartos, la tempesta é vicina; el mañana se presenta borrascoso; el mismo Castellano necesitará un para-rayos. Algo terrible va á suceder aquí. ¡Yo fremo!
—No lo digas en música, que te va á contratar Araco. Al hombre le hace falta un tenor de fuerza y lo anda buscando.
—¿Un tenor de fuerza?
—Sí, de mucha fuerza.
—¿Que cante las verdades?
—Naturalmente.
—¿Y la palinodia si se ofrece?
—Justo.
—Pues, por qué no espera al regreso del general Martínez Campos?
—Tienes razón, ¿y con que ópera debutaría?
—Con *Lohengrin*.
—Porque, ¿por qué viene embarcado?
—Porque viene por el Escalda, escaldado y con ganas de escaldar á todo bicho viviente.

UN TERCETO

(PARA LA PRÓXIMA REVISTA POLÍTICA QUE ESCRIBIRÁ NAVARRO GONZALVO.)

Cánovas, Sagasta y Silvela

Música de San José, Santa María y San Joaquín... Valverde.

CÁNOVAS. Es necesario, por el bien público, que me den medios de gobernar; de otra manera sería un *méndigo*, sin voto casi, ni autoridad. Con estas Cortes fuera ridículo que yo pasara siquiera un mes; que vengan otras que me hagan su árbitro y las presentes disolveré.
SÍ NO HAY UN PARTIDO que pueda vivir sin Cortes amigas que digan que sí, dénde Cortes tuyas al conservador.
SILVELA. Señor Presidente, esa es mi opinión.
SAGASTA. Lo que se pida para el bien público las Cortes mías lo otorgarán, que no escatiman ni un sólo céntimo cuando en peligro la patria está. Ya antes de ahora su voto unánime tuvo el partido conservador, y como entonces bien puede Cánovas liar en ellas, cual fío yo.

Si ocurre algo grave asusta pensar que no existan Cortes que atajen el mal. Vivan, pues, mil años las que junté yo.

SILV. Señor de Sagasta, esa es mi opinión.
CÁN. Yo, no quiero estas Cortes.
SAG. Pues, yo, las quiero.
CÁN. Tendré que disolverlas.
SAG. No lo tolero.
CÁN. Yo sé lo que me digo.
SAG. Yo sé lo que hablo.
SILV. Pondré una vela al ángel y la otra al diablo.

Mandar á casa, señor don Práxedes, á estos cuneros fuera un horror; más también pienso que el señor Cánovas, en lo que dice tiene razón. Con las actuales Cortes patrióticas cosa bien fácil es gobernar; pero con otras tan beneméritas tendría el jefe más libertad. Conque si se trata de disolución, pongo un voto en contra y otro voto en pro. En el justo medio me gusta quedar.

CÁN. Es la florentina
SAG. ¿qué mellada está!
CÁN. Yo cierro las Cortes.
SAG. No se atreve usted.
CÁN. Yo me atrevo á todo.
SAG. Pronto se ha de ver.
CÁN. Ya tengo la llave.
SAG. Ganzúa será.
SILV. Caballeros, calma y serenidad. Esperemos, esperemos á que llegue el general. Dice bien.
CÁN. Sí, señor.
SAG. ¡Y él dirá!
LOS TRES. ¡Y él dirá!
CÁN. (En cuanto llegue el general, como me apoye cierto y en paz.) (Como Martínez quemado está, será yo el amo y esto se va.)
SAG. (Siempre fui amigo del general, creo que ahora me ayudará.)

CONSEJO DE MINISTROS

Esas juntas de rabadanes que un par de veces á la semana se celebran en la Presidencia, no son—¡ya lo habrá comprendido el lector!—ni tales como las pinta la nota oficiosa, ni tales como las describe la pluma gallarda de nuestros primeros zahories ó digase *reporters* políticos.
No hay, en efecto, cosa más lúgubre y *abracadabrante* que esas notas oficiosas del Consejo que suelen publicar los diarios sorprendidos en su buena fe: El señor ministro de Gracia y Justicia llevó al Consejo tres indultos de pena capital...
«El Sr. Azcárraga llevó dos indultos del ramo de Guerra; el Sr. Beránger, tres de la jurisdicción de Marina, y el Sr. Castellano, cuatro indultos de Ultramar, por delitos comunes.»
Pamplinas, todo pamplinas; no hagan ustedes caso de semejantes notas oficiosas entregadas á los *reporters* por el ministro que actúa de secretario. Todo ello son voces que hace correr Cánovas para que Silvela exclame chasqueando los dedos:
—¡Caracólitos! En cuanto los ministros conservadores se reúnen, ya están perdonando la vida á todo el mundo.
Podrá ser verdad lo de los indultos, pero Gedeón no lo cree y se permite tranquilizar á Silvela en este punto.
No tenga usted cuidado, D. Paco, ¿cree usted que son circunstancias las actuales para que Cánovas actúe de «perdonavidas?»
—En efecto—me dirá Silvela,—desde ese punto de vista, los indultos conservadores son ridículos, pero ¿no podrán ser obras de caridad y santa preparación para la muerte? Cánovas perdona para que Dios le perdone á él.
También eso es probable, mi señor D. Francisco. Y no es menos cierto que Cánovas, si perdona todos los días, también diariamente le pide á usted perdón.
—Perdón á mí, ¿por qué?
—Usted lo sabrá; pero, ¿no es cierto que todos los días le dice á usted: «perdone usted por Bosch, hermano?»
Mas dejemos á Silvela en la puerta de la Presidencia y subamos á la sala de los Consejos, para hacer un relato algo más verídico y exacto que ese que los diarios suelen traer.
Allí están todos, alrededor de la mesa. Elduayen, juguetea con unos guantes que se dejó olvidados el duque de Tetuán. Azcárraga, proyecta nuevos embarques, escribiendo todos los nombres entre comillas. Navarro, «se agarra á un mueble para no caer,» como las heroínas de Ortega y Frias; Linares Rivas,

es todo ojos, aun sin ir vestido de uniforme; Beránger, coge un papel, hace una pajarita y de la pajarita una lancha cañonera; Castellano, pide tres almohadas más para el asiento; Cos-Gayón, cuenta los gobernadores por los dedos...

Pero falta uno. ¿Y el conde? ¿Y Tejada? ¿Dónde está Valdosa?

Temiendo que se haya roto, todos los compañeros que se mueren por sus pedazos se ponen a mirar por debajo de la mesa.

—Señores, no asustarse—exclama el Presidente,—el conde está con el Nuncio.

—¿Y a qué ha ido, a apelar al Nuncio? ¿No era mejor llamar a Cachano con dos Tejadas?

—Silencio, señores, dejadme hablar. Quiero decir que el ministro de Gracia y Justicia, en compañía del Nuncio de Su Santidad, se ha ido a Granada.

—En clase de Boabdil el chico? preguntó Cos Gayón.

—No; a inaugurar la Universidad del Sacro Monte. (Expectación. La envidia empieza a arrugar todos los entrecejos ministeriales.)

Beránger, como Neptuno de aquel olimpo con vistas a la calle de la Greda, es el que hace estallar la tempestad, exclamando:

—Cuando todos nosotros nos hacemos la Candelaria (porque la Pascua no ha llegado todavía), sujetos a nuestros sillones, y esclavos en Madrid de nuestras altas investiduras, no me parece bien que el ministro de Gracia y Justicia se marche de picos pardos.

—Debo advertir a usted—respondió Cánovas,—que no son pardos los picos de Muley Hacén.

—Bueno; pues se tira del Nuncio para todos ó para ninguno. Si el conde de Tejada permanece unos días en Granada...

—Mucho ojo, señor ministro; aquí no habla en verso nadie más que yo.

—Ah! juro, juro pater, nunquam componere carmina!

—Está usted perdonado. ¿Qué iba usted a decir?

—Que si el señor ministro de Gracia y Justicia se ha ido a Granada, yo tengo necesidad de ir a la Carraca para examinar las construcciones navales.

—Yo también! ¡yo también!—chilló Castellano.

—Es verdad; la carraca para el chico; dijo paternalmente D. Antonio, apaciguando al ministro de Ultramar.

—Yo no pensaba decir nada—exclamó entonces Navarro Reverter,—pero en vista de las manifestaciones de los Sres. Beránger y Castellano, digo a mi vez, que tengo el compromiso de honor de ir a esperar al general Martínez Campos. Lo menos que puedo hacer por él es ir a cogerle las correas del equipaje.

—Pero ¿le queda alguna? se atrevió a decir Linarés Rivas.

—Yo,—añadió Azcárraga—pido permiso para ir a Santander; y a Barcelona a presenciar los embarques.

—Pues yo—exclamó Cos Gayón,—he de ir a Sevilla a depurar las causas del motín de las cigarreras.

—Vaya, señores, ¿qué escándalo es éste? ¿qué van a decir las naciones extranjeras? ¿No es verdad El-duyen? Y al fin y al cabo—continuó el presidente procurando reprimir su enojo—¿por qué ha sido todo ello? ¿por no ser menos que Tejada Valdosa? Yo les prometo a ustedes que sin más tardanza, hemos de visitar la Alhambra todos los consejeros de la Corona.

Y levantando la sesión, los ministros se fueron al baile.

FABULITAS GEDEÓNICAS

LAS HORMIGAS

(SAMANIEGO. VIII, libro VII.)

Muchos que hoy críticos son eran autores antaño; de ingenio propio y extraño hacían su provisión. El público tal pasión notó, al mirar hacia atrás; no pudiendo aguantar más en críticos los transforma. Ellos mudaron de forma, pero de ripios, jamás.

LA MONA

(Idem id. V.)

Subió Silvela a un nogal en hombros de Villaverde; aquí pica y allí muere y todo lo encuentra mal. Echarla de liberal quiere y no alcanza al poder. Así suele suceder a quien cambia de cazueta, teniendo, como Silvela, dos partidos que vencer.

EL CAMELLO Y LA PULGA

(Libro VI, fáb. VIII.)

Al que finge descontento y cree en el qué dirán, le diré que a Tetuán

Reverter contó este cuento:

—En una larga jornada Don Antonio, muy cargado, exclamó, ya fatigado:

—¡Oh, qué carga tan pesada! Mas Castellano y Tejada que iban sobre él, tan campantes,

le dijeron arrogantes: —¿Nos apeamos; ó no?

Y Cánovas respondió: —Muchas gracias, elefantes.

EL PERRO Y EL COCODRILO

(Libro V, fáb. XXIII.)

Con el ministerio en vilo volaba Antón y corría.

—Vota en calma—le decía un Práxedes Cocodrilo.—

Dijole Antonio prudente: —Dañoso es el gobernar

y en el Congreso esperar a que me claves el diente.

¡Oh, que docto perro viejo, mirad si toca registros,

por presidir el Consejo, el Consejo de Ministros!

LA ALFORJA

(Idem, fáb. XX.)

—En una alforja al hombro llevo los ripios;

los ajenos delante, detrás los míos.—

Bustillo y otros ven así los ajenos,

mas no los propios.



Telegrama de San Sebastián:

«Hoy, mañana y pasado, se celebrarán las rogativas que costea el Ayuntamiento para impetrar el triunfo de nuestras armas en Cuba.»

Señores, ¡por Dios! no hagan ustedes rogativas. Que va a llover otra vez.

Una noticia:

«La prensa de Valladolid da como cosa resuelta el viaje del señor duque de Tetuán a dicha capital, con objeto de esperar al general Martínez Campos.»

Cuando el señor duque de Tetuán baje a la estación a esperar el tren, comprenderá el público cuanta razón le asistió al dejar recientemente la cartera de Estado.

Hay, en efecto, salas de espera.

Pero no Gabinetes.

El ministro de Marina ha recibido el siguiente é importante telegrama del Director de los Astilleros del Nervión:

«El acorazado Infanta María Teresa, se halla ya repuesto de viveres y pintados el casco y los fondos reglamentarios.»

Lo mismo le ocurre al ministro de Ultramar con la campaña de Cuba.

También va a tener que pintar los fondos.

Cosas de los republicanos:

«La Junta directiva del partido progresista de la derecha, ha acordado celebrar el 11 de Febrero próximo la anunciada asamblea, para convenir el programa del partido republicano nacional.»

Vengamos a cuentas:

¿Dicen ustedes que la asamblea se reúne el 11 de Febrero?

Pues hasta el día 30 no tienen ustedes programa.

Leo:

«Al levantar uno de los peldaños de la escalera que da acceso a las oficinas del Ayuntamiento de esta corte, se han encontrado monedas francesas de cobre del año 1600.»

¿Lo ven ustedes?

No han hecho más que levantar una losa, y ya salen beneficios para el pueblo de Madrid.

¿Qué ocurrirá cuando no quede en aquella casa piedra sobre piedra?

Dice un crítico de artes y de esgrima, hablando de los Estados Unidos, que allí «se casa la gente tomando billete del ferrocarril en el despacho de la estación y al llegar al andén están legalmente divorciados.»

¿Quiénes? ¡El billete y el andén, ó éste y el despacho! Ahí tienen ustedes un *anfibologismo* (como dice Bustillo), que no tiene vuelta de hoja, ni parada en cuarta.

Porque no es tan fácil hincar un perro, ni tomar ora la pluma ora la espada.

Este *Liberal* todo se vuelve innovaciones:

Ahora ha cambiado la forma del folletín y le llama *folletón*, así, en francés cerrado.

Así nadie puede llamarse a engaño. Detrás de semejante epigrafe, nada castellano puede haber.

Y a propósito: ¿por qué no publican en el *folletón* los artículos del Sr. de Beraza?

Los hermanos Cívicos (así como quien dice los *hermanos Goncourt*), han demandado por injuria y calumnia al marqués de Cabriñana.

Yo creí que sería por usurpación de nombre y apellido.

Porque a fuerza de tanto oír hablar del valor *cívico*, y de las virtudes *cívicas*, etc. del señor marqués, los verdaderos Cívicos ponen el grito en el cielo y dicen que aquí no hay más Cívicos que ellos.

Lo que no sabemos es cómo no le ha demandado también D. José el de los huevos.

Unos deportados se escaparon de la isla de Pinos y.. «No fué posible que saliera el vapor *Protector*, porque tenía la hélice rota. Salió inmediatamente el yacht *Pilar*, pero tuvo que arribar enseguida porque se le rompió el cilindro.»

Así estamos. No tenemos más que un *protector*, y ese con la hélice rota. Soltamos un *yacht*, como quien suelta un estornudo, y se le rompe el cilindro. ¿Y el resto de la escuadra? Sigue descosiéndose.

Padre de los cubanos llamaron en la Habana al general Martínez, el día que se embarcó para España.

No es raro que el hombre se conmoviera.

Y eso, que algo le consolara el saber que ocupará su puesto el general Weyler.

Porque pueden estar tranquilos los cubanos que se han ido a la manigua.

¡Ya tienen padre!

Verdad que a los cubanos no les abandona la fortuna.

Algunos de ellos, que estaban en la cárcel de Madrid de paso para Ceuta, han sido puestos en libertad por el señor ministro de Gracia y Justicia.

Otro padre amoroso.

Nada, que en todas partes encuentran familia.

Padres, hermanos... y primos.

Le compara el país con Don Arsenio

¡y hasta Sabas resulta casi un genio!

Oponiéndose a la disolución de las Cortes, dice un periódico:

«¿Se quiere que en Cuba elijan los diputados los jefes de las columnas?»

No, señor; de ninguna manera.

Sería rebajar el cargo.

Sigamos como antes.

Es decir, que continúe eligiéndolos el capitán general.

Otra plaga en Castilla

los frutos seca;

¡que no ha de estar Gamazo sin competencia!

Urrecha está seguro de que el acto tercero de *La mujer de Loth* no le ha escrito Eugenio Sellés.

¿Es malo el acto?

Sí, señor.

¿Y dice usted que Urrecha está seguro de que no le ha escrito Eugenio Sellés?

Sí, señor.

Pues ya sólo quien le ha escrito.

Quando vuelva el general descansará un mes ó dos, donde no oiga de la corte el bullicio atronador: unos dicen que en Arganda y otros dicen que en Chinchón; siempre cerca del gobierno, por si hay que hacerle un favor.

No es cierto que D. Jaime esté viajando por España.

Por eso, muy previsoriamente, ordenó el gobierno que se le detuviera, *ya fuese auténtico ya fuese apócrifo*.

Conque no tiene la policía que descuidarse.

Y ya que el Don Jaime auténtico no se ha movido de Venecia, a ver si encuentra uno apócrifo.

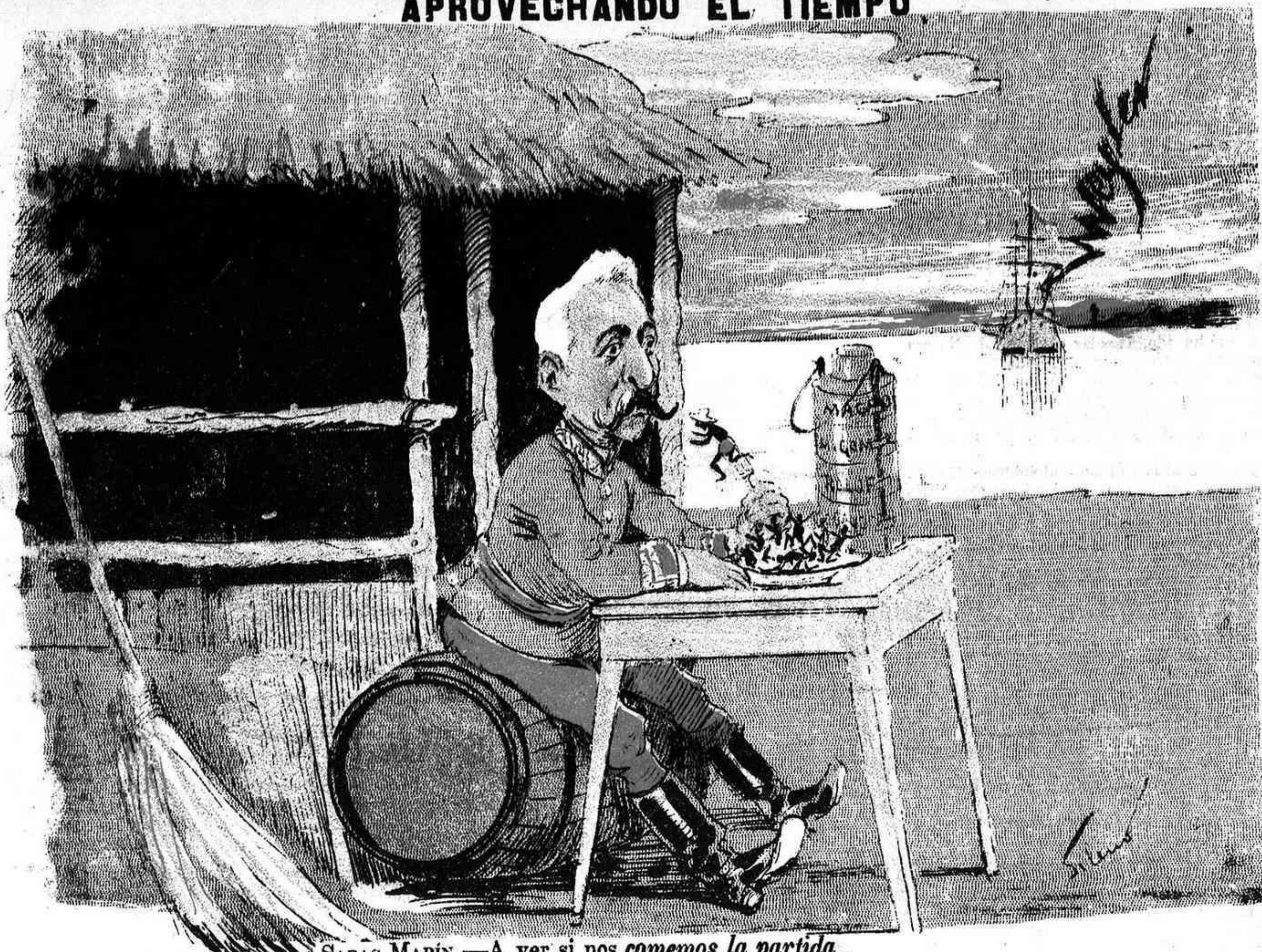
El Sr. López de Sá, juez especial, ha terminado su tarea, la que le impuso el señor marqués de Cabriñana, sin procesar a nadie.

Y al publicar la noticia, dice un periódico que el Sr. López de Sá, es muy amigo del Sr. Romero.

¿Qué modo de involucrar las cosas! Porque, señor, ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Imp. de LOS GREMIOS, Costanilla de los Angeles, 1.

APROVECHANDO EL TIEMPO



SABAS MARÍN.—A ver si nos comemos la partida,
que Weyler, va á venir, pero enseguida.

GUÍA Y AVISO DE FORASTEROS

Lista de españoles ilustres, con expresión de su domicilio en Madrid. Los datos que van á continuación son exactos; es decir, que no están sacados del censo electoral.

- D. Antonio Cánovas del Castillo. (Calle del Vicario Viejo.)
D. Tomás Castellano y el conde de Tejada Valdosa. (Plaza de los Ministros.)
D. Rafael María de Labra. (Calle del Españolito.)
Señor marqués de Cabriñana. (Calle de Rompe-lanzas.)
D. Joaquín Dicenta. (Pasaje de la Alhambra.)
D. Francisco Giner y discípulos. (Paseo de los Melancólicos.)
D. José de Canalejas. (Calle de Malasaña.)
D. Alberto Aguilera y D. Vital Aza. (Calle Mayor, y aun falta calle.)
D. Juan Navarro Reverter. (Calle de Juanelo.)
D. Arsenio Martínez Campos. (Calle de la Magdalena.)
Señor vizconde de Campo Grande. (Calle del Sombrero.)
D. Manuel Becerra. (Calle de la Ternera.)
D. Jenofonte Gallego. (Calle de la Bola.)
Señor marqués de Cerralbo. (Calle del Nuncio.)
D. Francisco Silveira. (Plaza de Puerta Cerrada.)
El general Weyler. (Calle del Buen Suceso. Se le supone.)
D. Emilio Castelar. (Plaza del Callao.)
D. Javier de Burgos. (Camino de Canillas.)
El duque de Tetuán y D. Francisco Romero Robledo. (Calle de los Dos Amigos.)
Monte-Cristo. (Calle de la Escalerilla.)
D. Andrés Mellado. (Plaza de Santa Ana.)
GEDEÓN. (Costanilla de los Angeles, 1, tienen ustedes su casa.)
Sres. Ferreras, Rodríguez y Amós Salvador. (Plaza de Afligidos.)
D. Leopoldo Cano. (Calle de Ananías.)
D. Eduardo Palou. (Calle de la Cruz Verde.)
El Círculo de Bellas Artes. (Calle de Coloreros.)
Sres. Martínez Soto, Marqués, Aguilar y otros reporteros políticos. (Pretel de los Consejos.)
El general Salcedo. (Cuesta de la Descarga.)
El duque de Tamames. (Calle de la Flor Alta.)
El Sr. Medrano. (Calle de la Flor Baja.)
D. Aureliano Linares Rivas. (Calle del Molino de Viento.)
Conde de Peñalver y de Peña Ramiro. (Calle de las Peñuelas.)
Doctor Ovilo. (Calle de Puerta de Moros.)
El empresario del Real. (Calle de Rodrigo Caro.)
El marqués de Comillas. (Paseo de las Delicias.)
El Sr. Feliu y Codina. (Calle Ancha, mientras no pasan los tranvías.)
D. Felipe Pérez y González. (Calle de la Redondilla.)
Sres. Bustillo, Vidart y Sánchez Moguel (Calle de Latoneros.)

EL REGRESO DE LOHENGRIN



Inauguración del Real... y efectivo
problema político.

MORALEJAS DE GEDEÓN

«D. Ricardo Becerro de Bengoa es, por su concisión, digno de loa, y el señor Sánchez Bregua jamás escribe artículos de á legua.»
Si esto en alguna parte escrito ves, enténdelo al revés.

Le gusta á D. Arsenio contemplar la función desde el proscenio; pero á Weyler parécete mejor ser el primer actor.
¿Son estos dos procedimientos buenos? Veremos lo que opinan los morenos.

Porque Fernando Díaz de Mendoza se ha casado con una linda moza, quiso el señor Medrano, pero en vano á La mujer de Loth pedir su mano. Perniciosos efectos siempre son, Fabio, los de la noble emulación.

Don José Carvajal gasta una cabellera medioeval. De Castelar por ello le distingo, que disfruta una calva como un mingo. Hay que hacer distinciones entre estos dos ilustres Gedeones.

El conde de Tejada se marchó al Sacro Monte de Granada, y el de Peña Ramiro, sin salir de su insula, al monte puede ir. ¡Qué bellos horizontes se contemplan desde unos y otros montes!

Parece que Don Jaime de Borbón se ha colado en Mallorca de rondón. Lo dicen muy ufanos los carlistas frotándose las manos. Si creerán que hay algo que peligre porque ande el terso niño haciendo el pigré?

Según nos ha advertido Morlésin, de Don Antonio pereció el mastín; pero Osma nos ha dicho sin reservas, que en la plaza del perro hay unas ciervas. ¿Le parece á usted lógico trocar la Huerta en parque zoológico?

Sagasta, viendo á su partido enclenque se mudó de la plaza de Celanque, y ahora en la calle de Floridablanca con los suyos Don Práxedes se estanca. Los partidos endeble poco adelantan con mudar los muebles.

Si escuchas el rugido del león, mucho ojo, que está hablando Salmerón. Si oyes tronar y granizar, sepárate, porque va á hablar Azcarate. Estos republicanos son amenos, manejando la lata de los truenos.